

Valores literarios en la obra del Inca Garcilaso.

Brac, 116 (23-27) 1989

Por JOSE M.^a OCAÑA VERGARA

(ACADEMICO NUMERARIO)

La figura más destacada de toda la historiografía peruana, y uno de los valores más notables de la literatura de Indias, es un escritor indígena por cuyas venas corría sangre imperial de los incas, mezclada con noble sangre española: Garcilaso de la Vega, llamado El Inca, emparentado con el poeta toledano e hijo de una princesa peruana. En sus obras "Comentarios reales", "Historia del Perú", "La Florida del Inca" y la traducción de los "Diálogos de amor", de Judas Abrabanel, aparecen aquellas notas de pintoresquiano y exuberancia verbal que habrían de caracterizar para siempre a toda la literatura americana.

Aunque el período sintáctico del Inca revele una profunda subordinación, base para explicitar adecuadamente las tesis y antítesis de sus razonamientos históricos, es evidente en toda su obra un marcado interés y un desenfrenado dinamismo que actualizan sus relatos del siglo XVI.

Sus extensos conocimientos clásicos y la lectura de numerosas obras enriquecieron su espíritu abonado a la exposición de máximas y sentencias, con las que enriquece sus exposiciones de marcado carácter didáctico en algunas ocasiones.

El estilo directo y los frecuentes diálogos dan una nota de intenso dramatismo a sus relatos, que se revisten de la mayor fuerza expresiva acentuando el interés narrativo de la acción.

En sus diferentes obras mezcla muy sabiamente el uso de la tercera y primera personas. Con aquélla, se convierte en una especie de autor omnisciente que domina la escena de los acontecimientos históricos narrados. Con la primera, el Inca da un marcado carácter autobiográfico al relato, que se adorna con frecuentes interrogaciones, aclaraciones y manifestaciones entre paréntesis que coadyuvan a reafirmar sus opiniones o tesis definitivas. Por medio de estos artificios, el notable escritor mestizo se opone de forma rotunda a las falsas opiniones de otros historiadores que han tergiversado los hechos, sobre todo, al relatar la vida de don Francisco de Pizarro, para quien, según el Inca Garcilaso, no hay título en la tierra que signifique por entero sus grandezas y méritos.

Al igual que la mayoría de los prosistas de su época, el autor de los "Comentarios reales" se atiene a la arquitectura ciceroniana de la frase, repartíendola en miembros contrapesados, remansando

el pensamiento y desdoblándolo en frecuentes parejas de vocablos. Tal construcción es semejante a la de López de Gómara, Pérez de Oliva, Zárate, Pedro Mexía, Cabeza de Vaca y Antonio de Guevara.

En sus escritos aparecen fórmulas arcaicas, pero muy usadas en su época, como *do*, *deste*, *dél*, *dello*, *trujese* y otras anomalías verbales que se encuentran en los escritores más notables de aquel período.

Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Angel Rosemblat, Andersen Imbert y Angel del Río, entre otros destacados historiadores de la literatura hispanoamericana, confirman la gran calidad de la prosa del Inca Garcilaso, con quien los escritores de aquellas lejanas tierras comienzan a mostrar los caracteres específicos de esta manifestación literaria. El autor de los "Comentarios reales" supo conjugar perfectamente los módulos españoles con una técnica depurada en la que brillaban sus naturales dotes descriptivas. Para Andersen Imbert, el Inca enriqueció la prosa americana con bellísimas descripciones, topográficas y costumbristas, que respondían al concepto clásico de "pictura ut poesis", por la magia de su dicción. La frase corre fluida, estilizada y elegante para narrar acontecimientos pretéritos. Y junto a las grandes dotes de narrador y pintor de una sociedad enraizada en sus entrañas, el Inca logró conmovir y convencer a sus numerosos lectores con la exactitud, casi matemática, de sus exposiciones y argumentaciones, con las que analizaba juiciosamente delicadas cuestiones dialécticas.

Al rey Felipe II dedicó su excelente traducción de los "Diálogos de amor" de León Hebreo. Garcilaso de la Vega conjugó la profundidad del pensamiento del celebrado filósofo judío con la amenidad de la exposición. En pocas obras, anteriores a ésta, se había logrado la feliz junción de ambos conceptos, logrando deleitar aprovechando a cuantos se acercaran a su lectura. Su cristianismo se revela en la traducción de los "Diálogos de amor" en los que, al igual que su autor, exhuma la teoría de un Dios como fin supremo, amado en la perfección misma del universo. La cabal alternancia de sustantivos concretos y abstractos y la riqueza adjetival, con bellísimas epítesis, dan al conjunto una belleza muy apreciada por todos los comentaristas y críticos literarios.

El Inca Garcilaso conforma con Ruiz de Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz la gran triada de espléndidos luminares que la literatura americana donó a la española, enriqueciéndola con vivísimos fulgores que aún hoy día mantienen la fuerza de su proyección estética.

Entre los innegables méritos del prosista Garcilaso de la Vega, El Inca, debemos destacar su particular visión de los acontecimientos, que lo convierten en uno de los más preclaros antecedentes o precursores de la historia novelada, según ya afirmaran Menéndez Pelayo y Jaime Delgado, entre otros.

Como posteriormente hiciera don Benito Pérez Galdós en sus "Episodios Nacionales", verdadera historia novelada de los hechos que ocurrieron en España desde la batalla de Trafalgar hasta Cán-

vas, los "Comentarios reales" y "La historia de Perú" están tejidos de memorias personales, recuerdos infantiles y testimonios tomados de diversos autores.

Según Jaime Delgado, los "Comentarios Reales" no son, pues, un texto rigurosamente histórico, sino una historia novelada, una novela casi tan utópica como puedan serlo la de Tomás Moro o la "Ciudad del Sol", de Campanella. Sin embargo, por ser historia novelada, tiene indudables rasgos históricos de incuestionable valor. En la primera parte predomina con mucho -afirma Díez Echarri- la aportación personal, cuando nos describe su casa de Cuzco, las grandes caballerizas, los patios y salas de los palacios y el abigarrado desfile de trajes y fiestas de los indígenas. En la segunda sigue las orientaciones de Gómara, Agustín de Zárate y, sobre todo, del Padre Valera, paisano suyo y, como él, también mestizo. La narración está construida con tal colorido y lujo de detalles pintorescos que más parece una novela, pero con base totalmente histórica. Un suave tinte de melancolía por tantas grandezas desaparecidas envuelve en singular encanto toda la narración que revela fehacientemente la nostalgia del autor, aunque nunca profiera acusaciones contra los conquistadores.

El Inca Garcilaso había vivido desde su primera niñez en íntimo contacto con los múltiples sucesos y avatares de su amada patria, con la historia del Perú. Ya en su edad madura, el mestizo recordará con intensa melancolía su vida, las experiencias y actuaciones que tuvo en contacto con el ambiente histórico en que se desarrolló su agitada existencia. Pero los acontecimientos quedaban un poco lejanos, nublados por las brumas temporales, y, al llegar a las páginas de sus libros, pasaron por el tamiz de la idealización. Por estos motivos, como ha dicho Menéndez Pelayo y otros destacados críticos hispanoamericanos, su obra participa tanto del carácter de la novela como del de la historia. Aunque algunos han querido ver en los relatos de Garcilaso de la Vega un conjunto de anécdotas soldadescas y un desenfrenado amor por todo lo extraordinario y maravilloso, esencia común de la narrativa americana, los escritos del Inca tienen un inestimable valor para nosotros, para la historia de las Indias y para la literatura en lengua castellana. Con razón ha dicho Prescott que sus obras son "una emanación del espíritu indio", y con no menos razón ha afirmado Menéndez Pelayo que los "Comentarios reales" son quizá "el único libro en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas".

La admiración por las cosas de su país, que apenas pudo vislumbrar cuando niño, aflora por doquiera en sus escritos, y hace que incline su juicio y estimación del lado indígena, pero guardando siempre una mesurada circunspección contra los conquistadores. Aun en estos casos, su censura es suave, discreta, contenida y resignada, demostrándonos en todo momento la nobleza y elegancia de su alma. Y es que como añade don Marcelino Menéndez Pelayo, Garcilaso no era un indio de raza pura, sino un mestizo, un neófito cristiano y un hombre de cultura clásica. De esta manera, gradual y progresi-

vamente, se formó en el espíritu de Garcilaso lo que pudiéramos llamar la novela peruana o la leyenda incásica, que ciertamente otros habían comenzado a inventar, pero que sólo de sus manos recibió la forma definitiva, según el acertado juicio del crítico santanderino.

Augusto Cortina ha escrito páginas muy clarificadoras sobre el valor histórico de los "Comentarios reales", que nos ofrecen una visión deslumbradora, pero exacta en líneas generales, de una civilización exótica ya desaparecida, al tiempo que su autor es una auténtica figura patriarcal que se alza en el pórtico de la literatura peruana para trazar esas normas de naturalidad, circunspección y gracia que caracterizan el espíritu de su país.

El mismo Garcilaso nos refiere en sus obras que él calmaba sus ansias de conocer cosas, recorriendo la ciudad, para satisfacer sus primeras curiosidades en las costumbres y fiestas de los viejos indios. Así, nos dice al relatar minuciosamente la fiesta de los bueyes, que se acuerda de todos sus detalles porque "me costó dos docenas de azotes, los unos me los dio el maestro, porque no fui a la escuela, los otros me los dio mi padre".

El relato en los "Comentarios reales" de numeroso hechos de innegable valor histórico, como el naufragio de Pedro de Serrano, acaecido en 1528, cuando hacía la travesía de Cartagena de Indias a la Habana, está, además, consignado en documentos que se guardan en el Archivo de Indias y que ya reprodujo el "Estado general de la Real Armada, año 1832". Pedro Serrano logró salvarse en una tabla y arribar a una isla desierta, que él denominó "Serrana". Careciendo de todo, tuvo que alimentarse de tortugas y otros animales y beber agua de lluvia. Logró encender fuego con los guijarros de la orilla, el eslabón de su cuchillo y trozos de su camisa que empleó como yesca. Al cabo de tres larguísimos años, a través de los cuales pasó incontables sufrimientos, Pedro Serrano encontró a otro naufrago con gran espanto de ambos, hasta que, después de asegurarse el uno del otro invocando a Jesús y diciendo el "Credo" a grandes voces, unieron sus esfuerzos y se ayudaron mutuamente para vencer la terrible hostilidad circundante. Después de cuatro años, un buque vio el humo de su fuego y los recogió devolviéndolos a la civilización. Pedro Serrano arribó a España y pasó a Alemania donde se encontraba el Emperador Carlos V, quien, tras conocer la historia de su naufragio y forma de vida, le concedió una pensión.

Algunos escritores, como don Tomás de Iriarte y el Conde de las Navas, han llegado a afirmar que tanto Daniel de Foe como Campe pudieron inspirarse en este relato del Inca Garcilaso al escribir sus Robinsones respectivos. De esta manera, el caso que relatan en sus novelas habría sucedido a un español en una isla sujeta a la dominación hispana y teniendo a un autor semiespañol como cronista de sus aventuras.

La autenticidad o no de tal aseveración no resta el menor mérito al relato de Garcilaso que revela el máximo interés, mostrándose como un tesoro de incalculable estima, que se acrecienta con el

paso de los años. Pero al mismo tiempo, su egregia personalidad está proclamando a los cuatro vientos la verdad de España y su labor colonizadora en América. Para el Inca, España será siempre la auténtica madre de las naciones americanas, la educadora de unos pueblos que ahora tienen una vida y una cultura propias. El supo vislumbrar mejor que nadie el mérito de la sangre derramada en las extensas praderas y en las altas montañas por los misioneros españoles. Por estos motivos y otros muchos, imposibles de enumerar ahora, creemos muy acertada la proclamación de Menéndez Pelayo al catalogar al Inca como "el mayor nombre de la literatura americana colonial".

